

Pero, ¿existió alguna vez Julio Cerón?

INCOGNITA de fin de siglo: ¿existió alguna vez Julio Cerón? Probablemente sí, pues su nombre se repite con frecuencia en la Historia española de los últimos 50 años. Pero ciertos indicios racionales permiten albergar dudas sobre la autenticidad del personaje.

Para empezar, quien tal nombre utiliza no quiere saber nada del pasado, menos aún del propio, lo que entorpece cualquier investigación. ¿Modestia? No parece. Más bien resistencia a convertirse en víctima de la propia biografía, como ocurre a tantos héroes de nuestro tiempo, incluidos los de Woodstock.

Los perfiles biográficos del presunto Cerón hablan poco de padres, infancias y demás pecados originales. Tan sólo de ideas y de tránsitos. A lo sumo, breve referencia a sus dos títulos (Derecho e Industriales) sus dos profesiones (diplomático y traductor), sus dos estigmas de luchador (cárcel y exilio) y su hábitat de cuento: un castillo con puente levadizo, en el corazón de Francia.

Algunos, además, escriben sobre Cerón en clave ceroniana, lo que dificulta definitivamente el acceso a la verdad. José Angel Valente le dedicó una hermosa necrológica que turbó el ánimo de los bienpensantes: ¿cómo puede morir aquel que no sé si existe? Pero cuando Valente lo define como «un español singular que no tuvo vocación de ministro» las dudas se disuelven: español tan singular jamás pudo existir.

Sin embargo, en los archivos de la Villa y Corte aparece, junto a un José Luis Cerón Ayuso que llegó a ministro —éste sí— un Julio Cerón Ayuso de nebulosa condición. Nació en el seno de una familia acomodada del barrio de Salamanca. Hijo de un señor de Murcia, cursó estudios en el muy famoso Colegio del Pilar, donde aprendió las primeras letras del saber y del poder

De ahí, a la Universidad y luego, a la Escuela Diplomática. Con mas don de lenguas que de gentes (domina tres o cuatro idiomas, pero los usa poco: siempre ha dicho que «es mejor estar sólo que bien acompañado») se instaló en Ginebra para ejercer. Breve ejercicio, aquél. Su carrera se truncó para siempre cuando en 1958, con Fernández de Castro y otros hijos de los vencedores de la guerra fundó en una iglesia de la calle Bravo Murillo el más peculiar ejercito de la lucha antifranquista: Frente de Liberación Popular, FLP, vulgo *Felipe*.

Gente curiosa, la del *Felipe*. Gente de novela, como el fundador. Rojos, católicos y sentimentales. Cristianos conciliares desde antes del Concilio, marxistas enemigos del dogma, libértanos y castristas, revolucionarios y reformistas. «Buscaban una tercera vía en todos los ordenes», ha escrito José Manuel Arija, uno de sus primeros militantes. Odiaban la disciplina y, como suele ocurrir a quienes odian la disciplina en tiempos de clandestinidades muchos acabaron en la cárcel.

Cerón acabó en la cárcel en 1959. Unos dicen que se entregó a la policía. Otros, que lo metieron en la boca del lobo por el sistema de «el cabestro». No se sabe. Se sabe que pasó 4 años en Carabanchel, donde convivió con Lucio Lobato, del PCE, Luis Solana, de la ASU, con Martín Santos y con el socialista Antonio Amat, que era de los cuatro quien mejores paquetes de comida recibía.

En septiembre de 1966, el historiador Sergio Vilar lo encuentra cansado y escéptico. «El antiguo ardor combativo de los felipes brillaba por su ausencia». Es un error de diagnóstico: ese hombre escéptico y cansado, que recibe a Vilar tumbado en un sofá y fumando en pipa, no ha perdido ardor. Pero algo hay: como político está ya amortizado.

De sus viejos compañeros de viaje dos fueron ministros con UCD (Pérez Llorca y Leal) y cuatro con el PSOE (Serra, Maravall, Campo y Romero), Jaime Pastor derivó hacia la LCR, Didac Fabregat hacia la OIC, Miquel Roca hacia el nacionalismo reformista; Maragall llegó a alcalde, de Barcelona. Leguina a presidente, de Madrid. Jesús, Aguirre a Duque, de Alba. Juan Tomás de Salas fundó un holding periodístico liberal. Vázquez Montalbán se trocó autor de éxito y comunista, como Mohedano y Sartorius, aunque con efectos más duraderos.

Mientras los demás *felipes* prosperan en la vida pública, Cerón opta por vivir en una nube calada de silencio y soledad. Reaparece en 1984, disparando ideas por escrito contra el socialismo gobernante. Mala cosa, las ideas. Peor, dispararlas. Corre uno peligro de que lo llamen de todo:

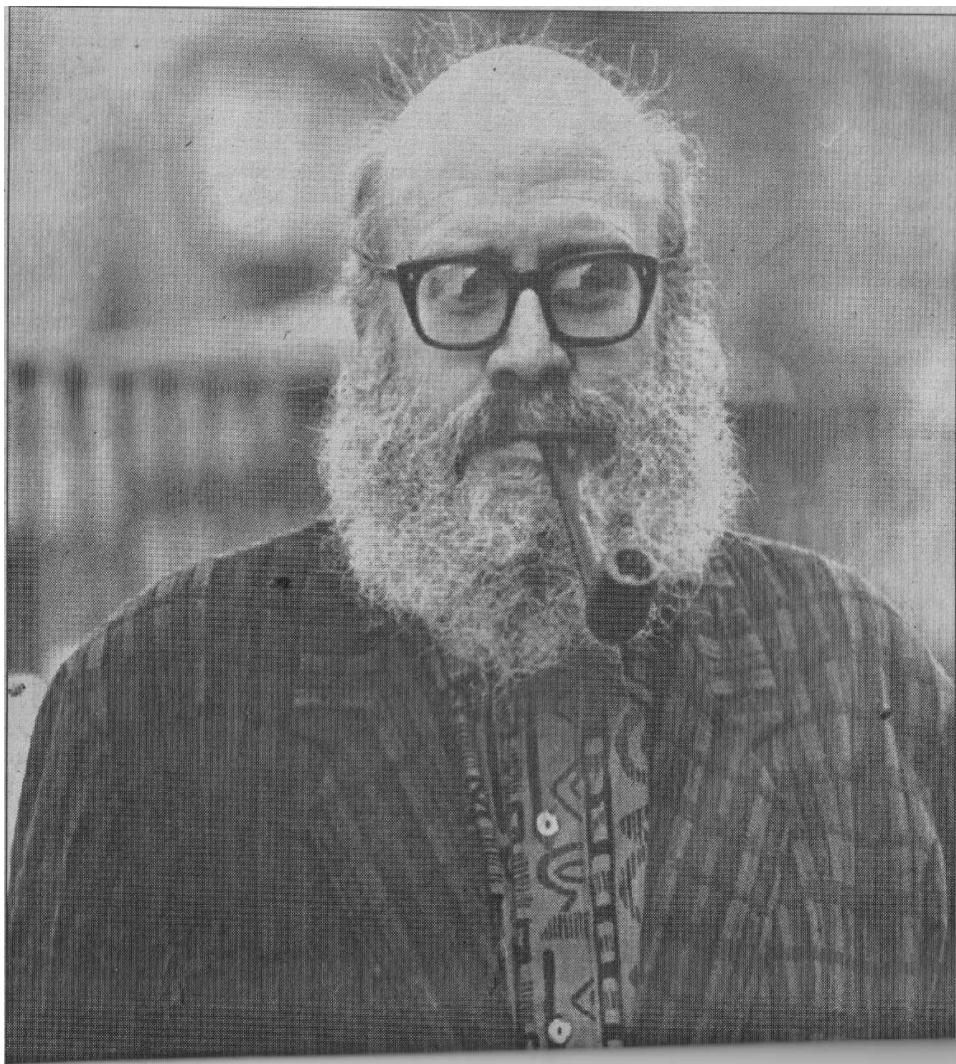
Heterodoxo, críptico, conceptista, paradójico, lúcido, extravagante, terco, irreducible, «el ultimo hereje» (Raúl del Pozo dixit) «el último eremita» (Blanca Berasategui), «el anarquista ponderado» (Raúl Morodo), «experto en provocaciones» (José Luis Gutiérrez), «Gracián electrónico» (Cándido).

Lo han llamado hasta «intelectual» que es grave insulto en los tiempos que corren y él rechaza con vehemencia:

—Soy la negación del intelectual. Lo que escriben los intelectuales es una mamarrachada.

Lo suyo es «furia y paroxismo». A veces, profecía. Dijo hace diez años lo que hoy todo el mundo dice: que el felipismo tiene maneras de régimen, que la acción ha matado la razón, que Serra llegaría lejos. Mucho antes de que Roldán y Rubio lo demostraran, escribió: «Este régimen está picado, está minado Por dentro (...) y por arriba».

No opina: piensa. Por eso a veces no lo entendemos. Por eso Emilio Romero no lo entenderá nunca. No vive encaramado a una columna, como los estilitas del periodismo contemporáneo ni es carne de tertulia. El es maestro en profundidades. Pero ama la prensa y es amor correspondido: por eso este diario celebra con alharacas dadaísticas, carrollianas y ceronianas sus primeros 66 años, que son como los dos patitos, pero a lo bestia.



Julio Ceron un “experto” en provocaciones, lleva un decenio disparando ideas y profecías a diario